así como ellos tenían creído, que los que cada una de aquellas imágenes representaba lo era, o porque forzados de los españoles las recebían, las juntaban con los diabólicos simulacros y figuras de los demonios, y juntamente con ellos los tenían; y como gente hecha a tener muchos dioses, si tenían ciento querían ciento y uno, no reparando en figuras, atendiendo solamente a la multiplicación de la deidad que representaban. Pero como, por este inconveniente, los frailes les mandaron hacer muchas cruces y ponerlas por todas las encrucijadas y entradas de pueblos y en algunos cerros altos, ellos también, usando de cautela diabólica, ponían sus ídolos debajo de la cruz o detrás della; y dando a entender que adoraban la cruz, no adoraban sino las figuras de los demonios que junto de ella tenían escondidas.

Dos cosas hubo en estos principios, cuando también estas cosas pasaban, que movieron a los religiosos a poner cruces por las encrucijadas y entradas de los pueblos: la una, ser costumbre entre estos idólatras, en su gentilidad, tener idolillos en estos lugares, que son los que los antiguos llamaban lares (como en otra parte hemos dicho), los cuales servían como de dioses caseros y familiares para las necesidades repentinas y favores manuales, los cuales estaban a las puertas de las casas y en las calles, para pedirles favor comúnmente, como si en estar cerca o lejos la imagen de Dios consistiese la consecución de lo que en la petición que se le hace se le pide, y como que no estuviese presente a todo lo que en cielo y tierra hay; pero no es maravilla que los que creen que hay dioses cortos, crean también que su poder es limitado. La segunda razón fue porque de noche se juntasen los vecinos de aquellas calles a rezar la doctrina y oraciones, hincados de rodillas delante dellas, como ya hemos dicho que se hacía a los principios, y duró por muchos años, y por aficionarlos a aquel Dios que les predicaban haber muerto en ella, que es Jesucristo nuestro señor, por cuya muerte y pasión nos hacemos dignos de la gloria perdurable y reconciliación con el padre eterno. Pero aunque éste fue el intento de estos solícitos cultores de la viña del Señor (no como lo deseaban), así lo ejecutaban estos obreros de maldad; antes a su sombra y arrimo hincaban las rodillas a sus antiguos y mentirosos dioses.

CAPÍTULO XXIV. *De cómo los niños de la escuela de Tlaxcalla mataron a un sacerdote de los ídolos que se fingía ser dios del vino*

TIENE TANTA FUERZA Y EFICACIA EL SANTO EVANGELIO de Cristo nuestro señor, que no hay poder humano que la venza, y dado caso que por algún tiempo se resista de corazones humanos, apasionados de leyes falsas y mentirosas, háceles tantos y tan poderosos alcances que los rinde y sujeta con afrenta y confusión de los que se le oponen y contradicen, y con admiración y asombro de los presentes que lo ven y oyen. Cuando

Cristo nuestro señor estaba volviendo por su doctrina y palabra, en ocasión que le estaban llamando de samaritano y endemoniado, no sólo no prevalecieron sus enemigos de la contradición que hacían a sus altas y celestiales maravillas, pero quedaron tan atropellados y confusos, que de pura confusión y vergüenza quisieron poner a prueba de las manos lo que con palabras y razones no vencían; porque no hay razón ni fuerza que baste contra Dios y su palabra.

Al propósito de esto, sucedió en los principios de la fundación de esta nueva iglesia indiana, que estando los religiosos en la ciudad de Tlaxcalla en el primer año de su fundación, que fue el de 524, habiendo también comenzado a recoger niños, hijos de señores y principales de aquella república, sucedió que los ministros infernales que servían en los delubros y templos de los demonios no cesaban de administrar y servir a los ídolos, e inducir al pueblo que no dejasen a sus dioses; porque aquéllos eran los verdaderos que los proveían de todo lo que habían menester y no el Dios que los frailes y sus discípulos predicaban, y que así lo sustentarían. Por esta causa, quiso uno de ellos hacer demonstración de esto que defendían delante del pueblo, para que entendiese la gente que no había que temer al Dios de los cristianos, ni a sus predicadores; para lo cual se vistió de las insignias de un dios que adoraban, llamado Ometochtli, que decían ser el dios del vino, como entre otras gentes más antiguas el dios Baco, y salió al mercado mostrándose muy feroz y espantable. Y para mayor ostentación de su braveza y ferocidad traía en la boca unas navajas de pedernal, sacadas a dos filos (como en otra parte hemos dicho), y andábalas mascando como caballo, cuando con priesa y coraje tasca el freno, y corría de una parte a otra, dando vueltas por la plaza y mercado, la cual seguía mucha gente como maravillándose de aquella novedad, porque pocas veces acontecía salir éstos de los templos, así vestidos; y así, cuando salían dellos, teníanles mucho acatamiento y reverencia; y tanto, que apenas osaban alzar los ojos para mirarles al rostro.

A esta sazón venían los niños que aprendían la doctrina cristiana, y se enseñaban en el convento y escuela del monasterio de lavarse o bañarse del río, los cuales para volverse a él habían de atravesar por la plaza y mercado, en medio de la cual había una cruz donde los dichos niños, por ser muchos y venir muy derramados, se aguardaban unos a otros para entrar juntos en la escuela; y viendo el rumor del pueblo y oyendo el mormullo que entre sí tenían, preguntaron la causa de su inquietud, a los cuales respondieron algunos que era la venida de su dios Ometochtli; pero los niños, que ya veían las cosas de la fe con más claros ojos que los que seguían la ceguera de la infidelidad, dijeron no ser dios sino demonio o su semejanza y figura, y que los traía engañados con falsedades y mentiras. Pero como el falso ministro de Satanás vido la junta y concurso de gente que se iba haciendo al pie de la cruz, donde los discípulos evangélicos estaban, y sospechando lo que podía ser, fuese para allá, haciendo camino y calle con voces espantables, y púsose delante de aquellos niños, seguidores de la cruz, pareciéndole que sola su espantosa vista los amedrentaría. Pero

como el que sirve a Dios y le tiene, no teme nada, estos escuadrones de niños cristianos no sólo no huyeron, pero hiciéronle rostro y esperaron, a los cuales el infernal ministro comenzó a reñir muy ásperamente, y les dijo que presto habían de morirse por haberle enojado en haber dejado su casa y haberse ido a la del nuevo Dios, que nuevamente seguían, y haberse encerrado en la Santa María (que así se llamaba y llama hoy la principal iglesia de Tlaxcalla, donde asisten los religiosos). A estas atrevidas y sacrílegas palabras respondieron algunos de aquellos más crecidos niños que no tenían miedo dél, ni de su diabólica figura, y que era en vano su trabajo, pensando que por aquel modo había de ponerles miedo para que no confesasen al verdadero Dios que ya adoraban, en cuya boca no se halla mentira, y que él era demonio mentiroso y falso, que vivía de sólo engañar a las gentes y que no creían sus falsas amenazas ni que por negarle hubiesen de morir presto. El ministro del demonio, afirmando que era dios y espantando y riñendo a los niños para ponerles temor y miedo, mostrábase más enojado contra ellos, en cuya sazón se había allegado mucha gente al derredor dellos para ver el fin de su contienda; y como el ministro infernal porfiase en decir que era dios y los niños a contradecírselo y a defender que no lo era, bajóse por una piedra uno dellos y dijo a los otros, echemos de aquí este demonio que Dios nos ayudará, y diciendo esto arrojóle la piedra y lo mismo hicieron los demás; y aunque al principio el demonio hacía rostro, luego comenzó a desamparar el puesto, por ser los niños tantos y las piedras que sobre él cargaban muchas. Comenzó a huir y aun casi se les fuera si permitiéndolo Dios por sus muchos pecados no tropezara y cayera, y apenas hubo caído cuando lo tuvieron muerto y cubierto de piedras, que sobre su miserable cuerpo cargaron; que parecía al otro Achan que murió apedreado en el valle de Achor, no por haber usurpado el nombre de Dios, como este torpe ministro hizo, sino por solo que había hurtado algunas cosas pertenecientes a su santísimo servicio.[1]

No puedo pasar adelante sin notar en este lugar que antes que Dios críase el cielo y la tierra, era Dios sin contradición ni controversia; pero después que los crió tuvo en cielo y tierra contraditores de su deidad santísima que envidiaron su grandeza y majestad y quisieron imitarla. A todos es manifiesta aquella reñida contienda que hubo en el cielo (como dice San Juan en su *Apocalipsi)* entre Lucifer y sus secuaces, con San Miguel y los ángeles buenos que le siguieron; los malos por querer parecer dioses, y los buenos por defender este partido que sólo pertenece a Dios, cuya bondad es conocida y cuya misericordia es amada. En esta feria le fue tan mal al demonio, que no pudo contar della sino penas y tormentos; pues en la tierra no fue menos malicioso que soberbio, y por esta causa, cuando vido a Dios hecho hombre y ayunar en el desierto, también allí quiso darle un tiento hasta llegar a punto de poner en ejecución su blasfemo pensamiento, queriendo que postrado en tierra el más alto de los cielos le adorase como a Dios. Pero aquí paga este agravio no con menos confusión

[1] Ios. 7.

que el pasado, pues le dice Cristo: vete maldito, que sólo Dios debe ser adorado; como también en la primera ocasión le dice Miguel, ¿quién como Dios? De manera que jamás se le ha opuesto que no haya salido descalabrado, cumpliéndose aquella amenaza que en el principio del mundo le hizo, diciendo que le había de quebrar la cabeza. Y no sólo se ve cumplido esto en Cristo nuestro señor, que fue el que le arruinó y venció, sino también en sus discípulos y seguidores de su santa ley; los cuales armados con las armas del evangelio y llevando en sus manos el bastón de la cruz, le han desarmado y vencido y dejado confuso, como parece en la ocasión presente, donde quiso mostrar al pueblo que era Dios, que no sólo salió con este propósito, pero aun quedó confuso y afrentado.

Acabada pues esta contienda y muerto este ministro desdichado y loco, no parecía que hubiesen muerto hombre, sino al mismo demonio, de lo cual quedaron los muchachos muy ufanos; y, como los soldados cuando la batalla es rompida, aquéllos por quien queda el campo están alegres y victoriosos y los vencidos desmayados y caídos, así lo estaban estos niños en haber vencido a su enemigo y los que servían a los ídolos y creían en su adoración falsa y vana, tristes y melancólicos. Al contrario de los fieles y católicos que comenzaron luego a cantar estas tiernas plantas la victoria que habían tenido, y a decir a voces que no había otro Dios sino el del cielo y su hijo Jesucristo salvador del mundo, que los había ayudado contra el enemigo cruel y malo; y vueltos al pueblo les dijeron: ahora veréis, gente de Tlaxcalla, como éste no era dios sino hombre mortal, y el dios que representaba, no serlo, sino demonio malo y mentiroso. Y todos aquellos dioses que hasta ahora adoraron vuestros padres, y vosotros de presente adoráis, son diablos mentirosos, los cuales han de arder para siempre en el infierno, como aquel Ometochtli que veían muerto y cubierto de piedras, al cual nunca pensaron matar; pero que Dios lo había muerto por intercesión y ruego de Santa María, por lo cual ellos estaban alegres y lo vivirían para siempre.

Como fue tan público esto que en la plaza pasaba, fue luego la voz a los otros ministros, con cuyo parecer y acuerdo el muerto había salido a hacer su representación, los cuales alborotados del caso salieron luego a su defensa, y puestos en la plaza quisieran poner las manos en los muchachos y niños que las habían puesto en aquel alboroto; pero no se atrevieron porque Dios puso miedo en sus corazones para acobardarlos. No menos que en los tiempos pasados cuando Labán salió en seguimiento de su yerno Jacob, con propósito y ánimo de matarle, o al menos ofenderle en aquello que pudiese, porque se le iba sin su licencia y por llevarle (como él decía) los ídolos que adoraba, al cual mandó Dios en sueños que no sólo no le pusiese las manos,[2] pero que ni aun en palabras le ofendiese. Y lo mismo le sucedió con su hermano Esaú cuando llegó al paraje donde estaba, que no sólo no le pidió el agravio de la primogenitura, pero ni aun se le acordó de habersela entregado.[3] Porque en los casos que van guiados a misterios

[2] Genes. 31.
[3] Genes. 33.

particulares de Dios, él los ordena sin ofensa de aquellos que toma por instrumento para hacerlos.

Esto sucedió en estos niños; que como para deshacer el poder del demonio y dar a conocer el verdadero suyo aquella gente idólatra y ciega, había escogido a estas criaturas tiernas; no sólo les puso ánimo para matar al que se fingía Dios, pero acobardó los corazones airados que venían a vengar su injuria; y en vez de hacer bramuras y desagraviarse del hecho, quedaron despavoridos y espantados viendo muerto al que había salido a poner temor y espanto a los otros; y mucho más crecía el espanto sabiendo que había sido por manos de solos niños.

No ha menester Dios para rendir gentes y asolar enemigos, hombres fuertes y robustos, que con los más cobardes y menos animosos hace sus victorias. Quien se persuadiera que con solos trescientos hombres del pueblo de Israel, cuyo capitán era Gedeón, se habían de vencer gentes amontonadas como manadas de langosta (según dice la Sagrada Escritura)[4] que parecían sin número de los pueblos de Madián, Amalech y otros reinos orientales, si Dios no fuera el caudillo cuyas poderosas manos hicieron esta victoria; de la cual el mismo Dios se precia diciendo, que no quiere que blasón tan honroso se lo atribuya el pueblo a su valor y esfuerzo. Y aun es mayor el espanto que pudiera causar si Dios no fuera el que hacía la guerra; porque estos trescientos soldados que quedaron, de todos los muchos que fueron despedidos, eran los de menos ánimo y más cobardes, que como tales bebieron, no de brucas, como los demás, sino levantados sobre los pies, echando el agua en la boca con las manos, por estar más alerta para ver el campo y si venían enemigos para huir de sus manos, como dicen algunos hombres sabios.[5]

Pues para destruir al idólatra Benadab, rey de Siria, que había blasonado contra el rey de Israel y prometídole la muerte, cuyo ejército y número de gente era sin número, ¿qué gente escogió Dios, sino solos ducientos y treinta y dos mancebos, hijos de hombres principales que el rey Acab tenía en su servicio, al cual mandó que los capitanease el mismo rey, y le dio con ellos la victoria? Pues, ¿qué poder era éste para vencer a Benadab y otros treinta y dos reyes que con él venían, si Dios no los guerreara y él solo los venciera? Pues desta misma manera acontece, en esta ocasión presente, que escoge Dios niños cristianos, y no muchos en comparación del crecido número de idólatras y ministros de Satanás que se oponían a la defensa de aquel caso; pero al fin quedan vencidos y turbados y el demonio afrentado, confuso y mudo.

Fuéronse estos nuevos soldados de Jesucristo al monasterio donde los religiosos, sus maestros, los aguardaban más ufanos y gozosos, que tristes y afrentados; los que en la plaza quedaban lamentando y sintiendo su vencimiento y ruina; y entraron diciendo cómo habían muerto al demonio, pero los frailes no los entendían hasta que, por lengua de un indio ladino

[4] Iud. 7.
[5] Theod. in hunc. locum.

que venía del mercado, supieron lo que dejaban hecho; y turbados del caso quisieron azotarlos, y para saber quiénes eran los culpados por no castigarlos a todos se lo preguntaron; pero ellos a una voz juntamente dijeron, que todos juntos lo habían muerto; y preguntándoles otra vez, que quién había arrojado la primera piedra, dijo el que lo había hecho, que él; y mandándolo azotar porque había sido causa que los demás con él hubiesen muerto a un hombre, respondieron todos que el difunto no era hombre, sino el mismo demonio, que por haberse querido hacer dios había muerto; y añadieron diciendo, que si no creían que era el demonio que fuesen los religiosos a verlo y satisfacerse de que era verdad lo que decían. Esto afirmaban, por venir vestido de los ornamentos del dios Ometochtli, que ninguno del pueblo podía vestirlos sino él, o el que representaba su imagen y figura.

Bajaron los religiosos al mercado y hallaron un gran montón de piedras, debajo de las cuales estaba sepultado el ministro infernal que representaba al dios Baco, con cuya espantosa visión había aparecido. Descubriéronlo y vieron su cuerpo, que no parecía humano sino tizón humeado del infierno; hicieron demonstración dél a todo el pueblo, y fue causa de que muchos de sus moradores se convirtiesen a la verdadera fe de Jesucristo. Y de aquí fue creciendo el número de los creyentes y aquella ciudad babilónica, llena de idolátrica confusión, comenzó a caer, como la que dice el Profeta,[6] que se arruinó con el poder del evangelio, cuyos ídolos no les valieron a los de Babilonia para defenderse del poder del rey contrario que los asoló y destruyó; porque donde Dios entra con mano armada no hay poder, ni fuerzas que resistan.

CAPÍTULO XXV. *Del grande trabajo que los primeros padres evangelizadores tuvieron a los principios en esta tierra, por ser tantas las provincias y gentes de esta Nueva España y ellos tan pocos*

PARA QUE SE ENTIENDA LO MUCHO que aquellos siervos de Dios, primeros predicadores del santo evangelio tuvieron que hacer, en los principios de la conversión de las gentes, desta Nueva España, es necesario presuponer la muchedumbre de provincias que en ella había, todas muy pobladas de gentes; y también cómo todas ellas estaban a cargo de nuestros pocos religiosos, hasta que fueron viniendo otros, así de la misma orden de mi padre San Francisco, como de las órdenes de los bienaventurados padres Santo Domingo y San Agustín, que han sido muy principales obreros desta tan grande y extendida viña del Señor. Ya queda dicho arriba cómo los doce religiosos franciscos, con otros cinco que acá se hallaron, fueron repartidos en cuatro monasterios, en las mayores poblaciones que

[6] Isai. 21.